

A watercolor illustration of a woman in a wide-brimmed hat with a green band, looking slightly to the left. The background shows a classical building with columns and a green landscape. The overall style is soft and painterly.

Henry James

Adina

**E** LEJANDRIA

A watercolor illustration of a woman in a wide-brimmed hat, looking slightly to the left. The background shows a classical building with columns. The style is soft and painterly, with a warm, golden-brown color palette. At the top, there are decorative golden elements resembling wings or feathers.

Henry James

Adina

**E** LEJANDRIA



**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **ADINA**

**HENRY JAMES**

**PUBLICADO: 1870  
FUENTE: WIKISOURCE  
EDICIÓN: BONI AND LIVERIGHT NEW YORK  
TRADUCIDO POR ELEJANDRÍA**

# PARTE I

Habíamos estado hablando de Sam Scrope alrededor del fuego, recordando, algunos de nosotros, la regla de no hablar mal de los muertos. Nuestro anfitrión, sin embargo, no había dicho nada, lo que me sorprendió un poco, pues sabía que había tenido una relación particularmente íntima con nuestro amigo. Pero cuando el grupo se dispersó y me quedé a solas con él, avivó el fuego, me ofreció otro cigarro, dio unas caladas al suyo con aire retrospectivo y me contó la siguiente historia:

Hace dieciocho años, Scrope y yo estábamos juntos en Roma. Fue el comienzo de mi trato con él, y le había tomado cariño, como un joven apacible y meditabundo suele hacer con uno activo, irreverente y cáustico. Tenía en aquellos días los gérmenes de las excentricidades —por no darles un nombre más duro— que más tarde lo convirtieron en el más intolerable de los amigos con los que no rompimos relaciones por completo; ya era, como dicen, un tipo retorcido. Era cínico, perverso, engreído, obstinado y brillantemente inteligente. Pero era joven, y la juventud, afortunadamente, hace que muchos de nuestros vicios sean inocentes. Scrope tenía sus méritos, o nuestra amistad no habría madurado. No era un hombre amable, pero era honesto —a pesar del extraño capricho que he de relatar—; y la mitad de mi aprecio por él se basaba en el sentimiento de que, en el fondo y a pesar de su vanidad, disfrutaba tan poco de su propia irritabilidad como los demás. Le gustaba fingir que no disfrutaba de nada y que lo que los viajeros sentimentales llaman pintoresquismo era un fastidio para su espíritu; pero el mundo era nuevo para él, y el encanto de las cosas bellas a menudo lo tomaba por sorpresa y se adelantaba a su cinismo prematuro. Era un obser-

vador a pesar de sí mismo y, en sus momentos felices, gracias a su excelente memoria y amplia información, un crítico excelente y un compañero de lo más provechoso. Era un puntilloso erudito clásico. Mi diario de muchacho, que llevaba en aquellos días, está repleto de alusiones eruditas; todas son de Scrope. Yo aporté al servicio de mi experiencia romana mucho más sentimiento laxo que ciencia rígida. De hecho, era un pacto jocoso entre nosotros que, en nuestras andanzas, tanto pintorescas como arqueológicas, yo me encargaría de la parte sentimental: los éxtasis, las reflexiones, los bocetos, las citas de Byron. Me consideraba absurdamente byroniano, y cuando, a la manera de los turistas de aquella época, yo lanzaba suspiros poéticos por la subyugación de Italia al enemigo extranjero, él solía jurar que Italia no tenía más de lo que se merecía, que era una tierra de vagabundos y declamadores, y que todavía no había visto a un italiano al que pudiera llamar hombre. Yo le citaba a Alfieri, que decía que la «planta humana» crecía más fuerte en Italia que en ningún otro lugar, y él replicaba que allí nada crecía con fuerza salvo la mentira y el engaño, la pereza, la mendicidad y las alimañas. Por supuesto, ambos decíamos más de lo que creíamos. Si nos encontrábamos con un pastor en la Campiña, apoyado en su cayado y mirándonos sombríamente desde la sombra de sus cabellos enmarañados, yo proclamaba que era el tipo más apuesto del mundo y le pedía a Scrope que se detuviera para que pudiera dibujarlo. Scrope lo maldecía por ser un sucio espantapájaros y a mí por ser un poeta de álbum babeante. Cuando me detenía en la calle para contemplar algún palacio mohoso con una enagua remendada colgando para secarse desde la ventana del salón, y le aseguraba que su encantador desorden era más querido para mi alma que la pulcra fachada con rejas de la mansión modelo de mi tía Esther en la calle Mount Vernon, me agarraba del brazo y me arrastraba, pellizcándome hasta que me soltaba, y sumergiéndome a mí, a mi alma y a mi palacio en un ridículo torrente de insultos. La verdad era que lo pintoresco de Italia, tanto en el hombre como en la naturaleza, lo irritaba, lo deprimía, extrañamente. Él era conscientemente una nota discordante en medio de tantas armonías suaves; todo parecía decirle: «¿No te gustaría ser tan desenfadado, tan adorable, tan descuidadamente hermoso como nosotros?». En el fondo de su corazón, lo deseaba. Para apreciar la amargura de este mudo desagrado por la atmósfera italiana, hay que recordar lo feo que era el pobre hombre. Era más feo a los veinte que a los cuarenta, pues a medida que envejecía se puso de moda decir que sus rasgos torcidos eran «distinguidos».

Pero veinte años atrás, en la infancia de la estética moderna, no podría haber pasado ni por una forma extraña de ornamento. En una sola palabra, el pobre Scrope parecía vulgar: ahí era donde le apretaba el zapato. Ahora bien, ya sabes que en Italia casi todo tiene, para los sentidos, lo que los artistas llaman estilo.

A pesar de nuestras teorías contrapuestas, nuestra amistad maduró, y pasamos juntos muchas horas, profundamente sazonadas con el sentido de la juventud y la libertad. Las mejores de ellas, quizás, fueron las que pasamos a caballo en la Campiña; recordarás esas horas; recordarás esos días de principios de invierno, cuando el sol es tan fuerte como el de un junio de Nueva Inglaterra, y las laderas y hondonadas desnudas, de tonos púrpuras, yacen bañadas en la luz amarilla de Italia. En un día así, Scrope y yo montamos nuestros caballos en la terraza cubierta de hierba frente a San Juan de Letrán, y cabalgamos a través de las amplias praderas sobre las cuales el Acueducto de Claudio arrastra su lenta longitud, tropezando y cediendo aquí y allá, a su paso, bajo el peso de los siglos. Cabalgamos una larga distancia, bien hacia Albano, y finalmente nos detuvimos cerca de un bajo fragmento de ruina, que parecía ser todo lo que quedaba de una antigua torre. ¿Era realmente antigua, o era una reliquia de una de las numerosas fortalezas medievales con las que está salpicado el desierto herboso de la Campiña? Esta era una de las preguntas que a Scrope, como clasicista competente, le gustaba ponderar; aunque cuando llamé su atención sobre el efecto pintoresco del fleco de plantas silvestres que coronaba la ruina y destacaba sus claros filamentos en el profundo aire azul, se encogió de hombros y dijo que solo ayudaban a que los ladrillos se desmoronaran. Atamos nuestros caballos a una higuera silvestre cercana y deambulamos alrededor de la torre. De repente, en el lado soleado, nos encontramos con una figura dormida sobre la hierba. Un joven yacía allí, completamente inconsciente, con la cabeza sobre un montón de piedras cubiertas de maleza. Un fusil oxidado estaba en el suelo a su lado, y un morral de caza vacío, cerca de él, hablaba de que era un cazador desafortunado. Su sueño pesado parecía indicar una larga mañana de caminata infructuosa. Y, sin embargo, debía de ser muy poco hábil o tener muy poco interés, pues la Campiña está llena de caza menor todos los meses del año, o al menos lo estaba hace veinte años. Era lo mínimo que le debía a mi reputación de byroniano descubrir una gracia descuidada y juvenil en la actitud del joven. Tenía una pierna cruzada sobre la otra; uno de sus brazos estaba metido bajo su cabeza, y el otro des-

cansaba laxamente sobre la hierba; su cabeza caía hacia atrás, exponiendo una garganta fuerte y joven; su sombrero le cubría los ojos, de modo que no podíamos ver más que su boca y su barbilla.

—Un rústico americano dormido es un tipo feo —dije—, pero este joven patán romano, tal como yace roncando, es realmente escultural.

«Patán» lo dije por polemizar, pues nuestro Endimión rústico, a juzgar por sus ropas, era algo más que un simple campesino. Se revolvió inquieto mientras estábamos de pie sobre él y murmuró algo.

—No es justo despertarlo —dije, y pasé mi brazo por el de Scrope para alejarlo; pero él se resistió, y vi que algo le había llamado la atención.

Al cambiar de posición, nuestro pintoresco amigo había abierto la mano que descansaba sobre la hierba. La palma, vuelta hacia arriba, contenía un objeto ovalado de color apagado, del tamaño de una pequeña caja de rapé.

—¿Qué tiene ahí? —le dije a Scrope; pero Scrope solo respondió inclinándose y mirándolo.

—De verdad, nos estamos tomando demasiadas libertades con el pobre hombre —dije—. Dejémosle terminar su siesta en paz.

Y estaba a punto de alejarme. Pero mi voz lo había despertado; levantó la mano y, con el movimiento, el objeto que he comparado con una caja de rapé captó la luz y emitió un destello apagado.

—Es una gema —dijo Scrope—, recién desenterrada y cubierta de suciedad.

El joven se despertó del todo, se echó el sombrero hacia atrás, nos miró fijamente y se incorporó lentamente. Se frotó los ojos, para ver si no estaba soñando todavía, luego miró la gema, si gema era, se metió la mano mecánicamente en el bolsillo y nos dedicó una amplia sonrisa.

—¡Gentil y serena naturaleza italiana! —exclamé—. Un joven granjero de Nueva Inglaterra, a quien hubiéramos molestado de esta manera, se despertaría con una palabrota y una patada.

—Pienso poner a prueba su gentileza —dijo Scrope—. Estoy decidido a ver qué tiene ahí.

A Scrope le encantaban las pequeñas baratijas y había saqueado todas las tiendas de curiosidades de Roma. Era una rareza entre sus muchas rarezas, pero encajaba bastante bien con el resto de ellas. Lo que buscaba y saboreaba en los grabados antiguos y la porcelana antigua no era, por lo general, la belleza de la forma ni la asociación romántica; era la mano de obra elaborada y paciente, el grabado fino, el método hábil.

—Buenos días —le dije a nuestro joven—. No queríamos interrumpirle.

Se sacudió, se levantó y se quedó de pie ante nosotros, mirando desde debajo de sus espesos rizos, y todavía sonriendo francamente. Había algo muy simple —un poco tonto— en su sonrisa, y me pregunté si no sería corto de entendederas. Era joven, pero no un simple muchacho. Sus ojos eran oscuros y pesados, pero brillaban con una luz amistosa, y sus labios entreabiertos mostraban el brillo de sus dientes fuertes y blancos. Su tez era de un hermoso y profundo color moreno, apenas alejado de la tosquedad por esa vaga palidez difusa común entre los italianos. Tenía la complexión de un joven Hércules; era, en conjunto, un vagabundo tan apuesto como se podría desear para el primer plano de un paisaje pastoral.

—No te has ganado el descanso —dijo Scrope, señalando su morral vacío—, no has cazado ningún pájaro.

Miró el morral y a Scrope, y luego se rascó la cabeza y se rio.

—No quiero matarlos —dijo—. Saco el fusil porque es estúpido andar por ahí mordisqueando una brizna de paja. Y además, mi tío siempre está refunfuñando porque no hago nada. Cuando me ve salir de casa con el fusil, piensa que al menos conseguiré la cena. No sabe que la cerradura está rota; aunque tuviera pólvora y perdigones, el viejo trabuco no se dispararía. Cuando tengo hambre, me echo a dormir. —Y miró, con su hermosa sonrisa, su reciente lecho—. Los pájaros podrían venir y posarse en mi nariz, y no me despertarían. Mi tío nunca piensa en preguntarme qué he traído para cenar. Es un hombre santo y vive de pan negro y habas.

—¿Quién es tu tío? —pregunté.

—El Padre Girolamo de Lariceia.

Miró nuestros sombreros y fustas, nos hizo una docena de preguntas sobre nuestra cabalgata, nuestros caballos y lo que pagábamos por ellos, nues-

tra nacionalidad y nuestra forma de vida en Roma, y finalmente se alejó para acariciar a nuestros animales que pacían y rascarles el hocico.

— Tiene algo valioso ahí — dijo Scrope, mientras nos acercábamos a él —. Evidentemente lo ha encontrado en la tierra. La Campiña todavía está llena de tesoros.

Cuando alcanzamos a nuestro nuevo conocido, escondió su premio indistinguible a la espalda y soltó una risa tonta que puso a prueba la paciencia de mi compañero.

— ¡El tipo es un idiota! — exclamó —. ¿Cree que quiero arrebatárselo?

— ¿Qué es lo que tienes ahí? — le pregunté amablemente.

— ¿Qué mano quieres? — dijo, todavía riendo.

— La derecha.

— La izquierda — dijo Scrope, mientras él dudaba.

Rebuscó a su espalda un momento más, y luego sacó su tesoro con un ademán. Scrope lo tomó, lo limpió cuidadosamente con su pañuelo e inclinó sobre él sus ojos miopes. Le dejó examinarlo. Estaba más interesado en observar al sobrino del Padre Girolamo. Este último se quedó mirando a mi amigo con gravedad, mientras Scrope frotaba y rascaba la pequeña piedra negra, soplaba sobre ella y la sostenía a la luz. Fruncía el ceño y se rascaba la cabeza; evidentemente, intentaba concentrar su ingenio en la magnífica descripción que esperaba que Scrope hiciera de ella. Cuando miré a Scrope, descubrí que se había sonrojado de emoción, e inmediatamente acerqué también mi nariz. Era del tamaño de un huevo de gallina pequeño, de un color marrón apagado, manchada e incrustada por un largo enterramiento, y profundamente estriada en una de sus superficies. Scrope no prestó atención a mis preguntas, sino que continuó raspando y puliendo. Finalmente:

— ¿Cómo conseguiste esto? — preguntó secamente.

— Lo encontré en la tierra, a un par de millas de aquí, esta mañana. — Y el joven extendió la mano nerviosamente para recuperarlo. Scrope se resistió un momento, pero lo pensó mejor y se lo entregó. Como viejo rastreador, comenzó instintivamente a fingir indiferencia. Nuestro compañero miró fijamente la pequeña piedra, la giró una y otra vez, luego la volvió a esconder a su espalda, con su risa de alma sencilla.

—He aquí una oportunidad preciosa —murmuró Scrope.

—Pero, por el amor de Dios, ¿qué es? —pregunté con impaciencia.

—No me preguntes. No me apetece formular la conjetura en voz alta; es inmensa, si es lo que creo que es; y aquí está este patán risueño con un derecho prioritario sobre ella. ¿Qué voy a hacer con él? Me gustaría romperle la cabeza con la culata de su tabuco.

—Supongo que te venderá la cosa, si le ofreces lo suficiente.

—¿Suficiente? ¿Qué sabe él de lo suficiente? No distingue un topacio de un nabo.

—¿Es un topacio, entonces?

—Cállate la boca y no menciones nombres. Debe venderlo como un nabo. Haz que te diga exactamente dónde lo encontró.

Nos lo contó con toda franqueza, sin dejar de sonreír de oreja a oreja. Había observado en una encina solitaria, de gran edad, las huellas de un rayo reciente. (De hecho, una semana de clima inusualmente bochornoso había culminado, unos días antes, en una terrible tormenta eléctrica). El árbol había sido astillado y matado, y la tierra levantada a sus pies. El rayo, al enterrarse, había cavado un agujero profundo y recto, en el que se podría haber plantado una estaca.

—No sé por qué —dijo nuestro amigo—, pero mientras estaba allí mirándolo, metí la boca de mi viejo fusil en la abertura. Descendió un trecho y se detuvo con un ruido extraño, como si golpeará una superficie metálica. Lo introduje y lo saqué varias veces, y oí el mismo ruido. Entonces me dije a mí mismo: «Algo está escondido ahí, cuatrinos, quizás; veamos». Hice una pala con una de las ramas astilladas, cavé, y rasqué y arañé; y, en veinte minutos, saqué una pequeña caja de hierro podrida. Estaba tan podrida que la tapa y los lados eran tan finos como papel de carta. Cuando les di un golpe, se desmoronaron. Estaba llena de otros trozos de hierro del mismo tipo, que parecían haber formado los compartimentos de un estuche; y con la tierra húmeda, que se había filtrado por los agujeros y las grietas. En el medio yacía esta piedra, incrustada en tierra y moho. No había nada más. Rompí la caja en pedazos y me quedé con la piedra. ¡Ecco!

Scrope, encogiéndose de hombros, se apoderó de nuevo del tesoro mohoso, y nuestro amigo, al entregárselo, declaró que tenía mil años. ¡Julio César la había llevado en su corona!

—Julio César no llevaba corona, mi querido amigo —dijo Scrope con urbanidad—. Puede que tenga mil años, y puede que tenga diez. Puede ser un ágata, ¡y puede ser un pedernal! No lo sé. Pero si la vendes por si acaso... —Y la lanzó tres veces al aire y la recogió al caer.

—Tengo la idea de que es preciosa —dijo el joven—. Aquí se encuentran cosas preciosas todos los días, ¿por qué no iba a tropezar yo con algo como cualquier otro? ¿Por qué el rayo iba a caer justo en ese lugar y no en otro? ¡Fue enviado allí por mi patrón, el bendito San Ángelo!

No era tan simplón, después de todo; o más bien era una mezcla desconcertante de simplicidad y sensatez.

—Si de verdad quieres la cosa —le dije a Scrope—, hazle una oferta y acaba de una vez.

—«Acaba de una vez» es fácil de decir. ¿Cuánto crees que aceptará?

—No tengo la menor idea de su valor.

—Su valor no tiene nada que ver con el asunto. Estímalas por su valor y bien podríamos volver a meterlas en su agujero. De su valor probable, él no sabe nada; nunca tiene por qué saberlo. —Y Scrope, reflexionando un instante, contó y arrojó sobre la hierba diez escudos de plata, el mismo número de dólares.

Ángelo —prácticamente nos dijo su nombre— los vio caer, uno por uno, pero no hizo ningún movimiento para recogerlos. Pero sus ojos brillaron; su simplicidad y su astucia debatían la cuestión. El pequeño montón de plata era de lo más agradable; hacer un mal negocio, por otro lado, no lo era. Miró a Scrope con una muda apelación a su justicia que me conmovió bastante. También conmovió un poco a Scrope, pues, tras un momento de vacilación, arrojó otro escudo. Ángelo soltó un suspiro perplejo, y Scrope se dio la vuelta bruscamente y empezó a montar. Un momento después, ambos estábamos en la silla. Ángelo se quedó mirando su dinero.

—¿Estás satisfecho? —dijo mi compañero, secamente.

El joven esbozó una extraña sonrisa.

—¿Tiene usted la conciencia tranquila? —preguntó.

—¡Al diablo con tu impertinencia! —gritó Scrope, muy rojo—. ¿Qué te importa a ti mi conciencia? —Y clavó las espuelas y se alejó al galope.

Le hice un gesto con la mano a nuestro amigo y lo seguí más despacio. Al poco rato, me volví en la silla y miré hacia atrás. Ángelo estaba de pie como lo habíamos dejado, mirándonos fijamente, con su dinero evidentemente aún sin tocar. ¡Pero, por supuesto, lo recogería!

Cabalgaba junto a mi amigo en silencio; me preguntaba sobre su justicia improvisada. Era lo suficientemente joven como para evitar que me consideraran un puritano o un casuista, pero me pareció percibir sofistería en la doble valoración que Scrope hacía del tesoro de Ángelo. Si era un premio para él, era un premio para Ángelo, y diez escudos —y uno de más— era un pago exiguo por un premio. Me causó cierta incomodidad descubrir que el rígido Sam Scrope, de entre todos los hombres, era capaz de un regateo que necesitaba ser explicado ingeniosamente. Tal como era, ofreció su explicación finalmente, medio enojado, como si supiera que su lógica era bastante grotesca.

—¡Dilo ya, dilo, por el amor de Dios! —gritó—. Sé lo que estás pensando: le he jugado una mala pasada a ese simplón de cara bonita, ¿eh?, ¡y no soy mejor que un estafador, evidentemente! Déjame decirte, de una vez por todas, que no me avergüenzo de haber conseguido mi premio barato. ¡Eran diez escudos o nada! Si hubiera ofrecido un céntimo más, habría abierto sus ojos soñolientos. Era un caso en el que había que guardarse los escrúpulos y actuar. A ese muchacho tonto no se le podía confiar la custodia de semejante premio ni media hora más; el diablo sabe lo que podría haber sido de él. Lo rescaté en interés del arte, de la ciencia, del buen gusto. El precio adecuado de la cosa no podría haber soñado en ofrecerlo; ¿de dónde iba a sacar diez mil dólares para comprar una baratija? Supongamos que hubiera ofrecido cien; al instante, nuestro pintoresco amigo, por muy torpe que sea, habría aguzado el oído y se habría aferrado a ella. Habría pedido tiempo para reflexionar y pedir consejo, y habría corrido de vuelta a su pueblo y a su tío, el astuto sacerdote, el Padre Girolamo. Las cabezas pensantes del lugar habrían celebrado un cónclave y decidido —no sé qué— que debían ir a Roma a ver al señor Castellani, o al director de las excavaciones papales. Alguna persona enterada se habría hecho eco del asunto y le habría susurra-

do al Padre Girolamo que su apuesto sobrino había sido guiado por un milagro hacia una fortuna y podría casarse con una contessina. Y cuando todo estuviera hecho, ¿dónde quedaría yo con mis esfuerzos? Tal como están las cosas, discrimino; miro el asunto desde todos los ángulos y decido. Yo obtengo mi premio; el ingenioso Ángelo se lleva una juerga de un mes —la disfrutará— y vuelve a dormirse. ¡Dulces sueños para él! ¿Para qué quiere dinero? ¡El dinero lo habría corrompido! También he salvado a la contessina; estoy seguro de que la habría maltratado. Así que, si todos estamos satisfechos, ¿por qué tienes que poner mala cara? Mi conciencia está tranquila; no soy ni más rico ni más pobre. No soy más pobre, porque a mis once escudos se puede oponer la sensación de haber dado un capricho inofensivo a un muchacho inocente; no soy más rico, porque —espero que lo entiendas— no pienso convertir mi piedra en dinero. Ahí es donde entra la delicadeza. Es una piedra y nada más; y todos los ingresos que obtendré de ella serán disfrutar de la forma en que la gente abre los ojos y contiene la respiración cuando la hago brillar bajo la lámpara y les digo exactamente qué piedra es.

—¿Qué piedra es, entonces, en nombre de todo lo que es desmoralizador? —pregunté con ardor.

Scrope soltó una risita alegre y me dio una palmadita en el brazo.

—¡Paciencia! Espera a que estemos bajo la lámpara, alguna noche, y entonces la haré brillar y te lo diré. Primero debo estar seguro —añadió, con súbita gravedad.

Pero fue la exaltación febril de su tono, y no su gravedad, lo que me llamó la atención. Empecé a odiar la piedra; parecía haberlo corrompido. Su ingeniosa explicación de sus motivos dejaba algo vagamente sin explicar, casi inexplicable. Hay rincones oscuros en las naturalezas más simples; extrañas involuciones morales en las más sanas. Scrope no era simple y, en virtud de su desafiante autoconciencia, podría haber sido llamado mórbido; de modo que llegué a considerar su injusticia en este caso particular como el fruto de una semilla viciosa que me resulta difícil nombrar. Todo en Italia parecía reprocharle mudamente su escasa capacidad para agradar; la indefinible gracia de la naturaleza y del hombre le susurraba eternamente en los oídos que era un cínico angular. Este era el verdadero motivo de su intolerancia hacia mis rapsodias compasivas, y lo impulsó ahora a regalarse,

de una vez por todas, con la sensación de una ventaja arrebatada, si no por las buenas, por las malas, a alguna forma sensible de irritante felicidad italiana. Esta es una explicación bastante metafísica del asunto; en ese momento adiviné el secreto, sin expresarlo con palabras.

Scrope no llevó su piedra a ningún tasador, ni pidió consejo arqueológico al respecto. Se informó discretamente, como por curiosidad general, sobre los mejores métodos para limpiar, pulir y restaurar gemas antiguas, hizo acopio de herramientas delicadas y ácidos, cerró la puerta con llave y tomó la medida de su premio. No le hice preguntas, pero vi que estaba intensamente preocupado y cada día más convencido de que era una pieza rara. Andaba silbando y tarareando fragmentos de canciones, como un amante recién aceptado. Cada vez que lo oía, tenía una súbita visión de nuestro amigo Ángelo mirándonos fijamente mientras nos alejábamos cabalgando como un par de raptos en una balada alemana. Scrope y yo nos alojábamos en la misma casa, y una noche, al cabo de una semana, después de que me hubiera acostado, entró en mi habitación y me sacó de mi sueño como si la casa estuviera en llamas. Adiviné su recado antes de que me lo dijera, me puse la bata a toda prisa y corrí a su apartamento.

—No podía esperar hasta la mañana —dijo—. Acabo de darle el último toque; ¡ahí yace en su belleza imperial!

Allí yacía, en efecto, bajo la lámpara, devolviendo el destello de la luz desde su corazón resplandeciente: un espléndido topacio dorado sobre un cojín de terciopelo blanco. Me metió una lupa en la mano y me empujó a una silla junto a la mesa. Vi que la superficie de la piedra estaba trabajada en un elaborado entalle, pero no estaba preparado para el carácter portentoso de la imagen y la leyenda. En el centro había una figura desnuda de cuerpo entero, que al principio supuse que era una deidad pagana. Luego vi el orbe de la soberanía en una mano extendida, el cetro imperial cincelado en la otra y la corona de laurel en la cabeza de frente baja. Alrededor de la cara de la piedra, cerca de los bordes, corría una cadena de figuras talladas: guerreros y caballos y carros, y hombres y mujeres jóvenes entrelazados en una elaborada confusión. Sobre la cabeza de la imagen, dentro de este friso cóncavo, se leía la inscripción:

DIVUS TIBERIUS CAESAR TOTIUS ORBIS IMPERATOR.

La mano de obra era extraordinariamente delicada; bajo la potente lupa que sostenía en mi mano, las figuras revelaban la perfección y el acabado de los mármoles antiguos más renombrados. El color de la piedra era soberbio y, ahora que se había restaurado su pureza, su tamaño parecía prodigioso. Era en todos los sentidos una gema entre las gemas, un tesoro incalculable.

—¿No crees que valió la pena levantarse para estrecharle la mano al emperador Tiberio? —exclamó Scrope, después de observar mi sorpresa—. Yanquis del siglo diecinueve, lamentables como somos, estamos teniendo nuestra audiencia. ¡De rodillas, bárbaro, estamos ante una presencia tremenda! ¿No he trabajado todos estos días y noches, con mis pequeños trapos y limas, con algún propósito? He anulado los siglos, he resucitado a un totius orbis imperator. ¿Lo concibes, lo comprendes, te late el corazón contra las costillas? No como debería, evidentemente. Aquí es donde César la llevaba, aburrido moderno, aquí, sobre el pecho, cerca del hombro, enmarcada en oro cincelado, rodeada de perlas tan grandes como ciruelas, uniendo los dos lados de su manto endurecido por el oro. Era el broche de la púrpura imperial. ¡Tiembla, señor! —y tomó la espléndida joya y la sostuvo contra mi pecho—. Ni dudas, ni objeciones, ni reflexiones, o seremos enemigos mortales. ¿Cómo lo sé, dónde está mi garantía? ¡Simplemente tiene que ser! Es demasiado preciosa para haber sido otra cosa. Es el mejor entalle del mundo. Me ha contado su secreto; ha estado susurrándome latín clásico durante horas toda la semana pasada.

—¿Y te ha contado cómo llegó a ser enterrada en su caja de hierro?

—Me lo ha contado todo, más de lo que puedo contarte ahora. Conténtate por el momento con admirarla.

Y la admiré durante mucho tiempo. Ciertamente, si la hipótesis de Scrope no era sólida, debería haberlo sido, y si el emperador Tiberio nunca había llevado el topacio en su manto, era por tanto menos imperial. Pero el diseño, la leyenda, la forma de la piedra, eran todas pruebas muy convincentes de que la gema había desempeñado un gran papel.

—Sí, sin duda —dije—, es el mejor de los entalles conocidos.

Scrope guardó silencio un momento.

—Di de los desconocidos —respondió al fin—. Nadie lo sabrá nunca. A ti te comprometo aquí y ahora al secreto. No se lo mostraré a nadie más, ex-

cepto a mi amante, si alguna vez tengo una. Pagué por la posibilidad de que resultara ser algo grande. No podría pagar por el renombre de poseerla. Eso solo una fortuna principesca podría haberlo comprado. Ser conocido como el propietario del mejor entalle del mundo me haría un gran hombre, y eso difícilmente sería justo para nuestro amigo Ángelo. Ocultaré la gloria y apreciaré mi tesoro por su simple valor artístico.

—¿Y cómo expresarías ese simple valor artístico en escudos romanos?

—Es imposible. Fija cualquier suma que quieras.

Volví a mirar el topacio dorado, brillando en su nido de terciopelo; y sentí que no podría haber ningún esfuerzo exitoso para ocultar una negación tan magnífica de la oscuridad.

—Te recomiendo —dije finalmente— que te lo pienses dos veces antes de enseñárselo a tu amante.

No tenía idea, cuando hablé, de que mis palabras eran oportunas; pues había dado vagamente por sentado que mi amigo estaba predestinado a prescindir de este gracioso apéndice, de la misma manera que Peter Schlemihl, en el cuento, fue condenado a no tener sombra. Sin embargo, antes de que pasara un mes, estaba en camino de comprometerse con una chica encantadora. «La yuxtaposición es mucho», dice Clough; especialmente la yuxtaposición, da a entender, en países extranjeros; y en el caso de Scrope había sido particularmente estrecha. Su prima, la señora Waddington, llegó a Roma, y con ella una joven que, aunque en realidad no era pariente, le ofrecía todas las oportunidades del parentesco, añadidas al encanto más remoto de una joven a la que tuvo que ser presentado. Adina Waddington era la hijastra de su compañera; la dama mayor se había casado, unos ocho años antes, con un viudo con una niña pequeña. El señor Waddington había fallecido recientemente, y las dos damas acababan de salir de su luto riguroso. Estos sombríos emblemas de un dolor común las ayudaban a parecer unidas, como de hecho lo estaban, aunque la señora Waddington solo era diez años mayor que su hijastra. Era una mujer excelente, sin ningún defecto que yo conozca, salvo el de pensar que todo el mundo era tan bueno como ella y hacer esperar la cena a veces mientras dibujaba la puesta de sol. Era robusta y de tez fresca, reía y hablaba bastante alto y, por lo general, en galerías y templos, hacía que muchos cuellos británicos estirados se volvieran.

Tenía manía por las excursiones, y en Frascati y Tívoli infligía su corpulencia de buen humor a diminutos burros con un deleite que parecía demostrar que la pasión por el paisaje, como todas nuestras pasiones, es capaz de hacer que los mejores de nosotros seamos despiadados. A menudo había oído a Scrope decir que detestaba a las mujeres bulliciosas, pero perdonó a su prima su buen humor y ocupó su lugar como su escolta y consejero natural. En el sentido vulgar no era egoísta; tenía una teoría muy definida sobre los sacrificios que un caballero debía hacer a la cortesía formal; pero, sin embargo, me sorprendió la facilidad con que las dos damas se aseguraron sus servicios. La clave del misterio era la que encaja en tantas cerraduras; estaba enamorado de la señorita Waddington. Había en ella una dulce quietud que equilibraba la exuberancia de la viuda. Su bonito nombre de Adina me parecía tener de alguna manera una adecuación mística con su personalidad. Era baja, delgada y rubia, y su vestido negro le daba una especie de lozanía infantil a su blancura. Llevaba su cabello castaño rojizo recogido en mil trenzas fantásticas, como un peinado en un dibujo del Renacimiento, y te miraba con unos graves ojos azules, en los que, detrás de una fría timidez, parecía acechar una trémula promesa de ser más franca cuando te conociera mejor. Nunca consintió en conocerme lo suficiente como para ser muy franca; hablaba muy poco, y apenas intercambiábamos una docena de palabras al día; pero confieso que encontré un encanto perturbador en aquellos ojos. Como todo era en silencio, sin embargo, no había daño alguno.

Scrope, sin embargo, se aventuró a declarar su amor, o, al menos, a insinuarlo con suficiente elocuencia. Yo no estaba tan profundamente enamorado como para estar celoso, y respiré aliviado cuando adiviné su secreto. Me hizo pensar mejor de él de nuevo. La postura que había adoptado sobre la gema del pobre Ángelo, a pesar de mis esfuerzos por explicarla filosóficamente, había dado un giro incómodo a nuestra amistad. Me pregunté si realmente no tenía corazón; incluso me pregunté si no le faltaba un tornillo. Pero aquí había una pasión cordial, sana y natural, como solo un hombre honesto podía sentir, como ningún hombre podía sentir sin ser mejor por ello. Empecé a esperar que la luz de su hermoso sentimiento derritiera su aversión a dar a Ángelo lo que le correspondía. Estaba encantado, en alma y cuerpo, y durante un par de meses se olvidó de sí mismo y dejó de lanzar su ingenio sin endulzar a batallar por su feo rostro. Su felicidad rara vez lo hacía «derramarse», como dicen; pero pude ver que estaba enormemente contento con sus perspectivas. Más de una vez, cuando estábamos juntos,

estallaba en una especie de risa nerviosa y fantástica por sus propios pensamientos; y ante su negativa a compartirlos por el centavo que se ofrece en esas circunstancias, me dije que esto era una sorpresa humorística por su buena suerte. ¿Cómo había llegado a gustarle a aquella criatura exquisita? Por supuesto, aprendí aún menos de la joven sobre su propia visión del caso; pero la señora Waddington y yo, al no estar enamorados el uno del otro, no teníamos nada que hacer más que chismorrear sobre nuestros compañeros cada vez que (lo que ocurría muy a menudo) nos dejaban en un tête-à-tête.

—No me cuenta nada —decía la viuda de buen humor—; y si he de saber la respuesta a un acertijo, debo tenerla en blanco y negro. Mi primo no es lo que se llama «atractivo», pero creo que Adina, sin embargo, está interesada en él. ¿Cómo sabemos tú y yo cómo la pasión puede transfigurarle y exaltarle? ¿Y quién dirá de antemano lo que una joven fantasiosa hará con esa terrible pequeña idea de maquinaria que llama su corazón? Adina es una niña extraña; es fantasiosa sin ser caprichosa. Por lo que sé, puede que admire a mi primo por su misma fealdad y rareza. Ha decidido, muy probablemente, que quiere un marido «intelectual», y si el señor Scrope no es guapo, ni frívolo, ni demasiado educado, hay más posibilidades de que sea sabio.

Sin embargo, por qué Adina había escuchado a mi amigo era asunto suyo. Lo escuchó, y con una dulce atención que bien pudo haberlo halagado y encantado.

Raramente hablábamos del topacio imperial; no parecía un tema para alusiones ligeras. Podía hacer que un hombre se sintiera solemne al poseerlo; el mero recuerdo de su brillo pesaba como una losa sobre mi propia conciencia. Había sentido, al perder de vista a nuestro amigo Ángelo, que, de una forma u otra, volveríamos a saber de él; pero las semanas pasaron sin que reapareciera, y mis conjeturas sobre las consecuencias, por su parte, de su notable negocio quedaron sin respuesta. Llegó la Navidad y, con ella, las ceremonias habituales. Scrope y yo tomamos las enérgicas medidas necesarias —era cuestión, ya sabes, de puños, codos y rodillas— y conseguimos sitios para las dos damas en la Misa del Gallo en la Capilla Sixtina. La señora Waddington era mi cargo especial, y al salir nos dimos cuenta de que habíamos perdido de vista a nuestros compañeros entre la multitud. Esperamos un rato en la Columnata, pero no estaban entre los transeúntes, y supusimos que se habían ido a casa por su cuenta y esperaban que hiciéramos

lo mismo. Pero al llegar al alojamiento de la señora Waddington, descubrimos que no habían llegado. Como su prolongada ausencia exigía una explicación, se me ocurrió que se habían adentrado en San Pedro, con muchos otros de los asistentes a la Misa, y estaban contemplando el parpadeo de las velas en su oscura inmensidad. No era perfectamente regular que una joven anduviera a las tres de la mañana con un joven muy «poco atractivo»; pero «después de todo», dijo la señora Waddington, «es casi su primo». Para cuando regresaron, era mucho más. Me fui a casa, me acosté y dormí hasta que las campanas de Navidad me lo permitieron. Al levantarme, llamé a la puerta de Scrope para desearle las felicidades de la estación, pero al abrirme, me di cuenta de que tales saludos triviales estaban fuera de lugar. Estaba a medio desvestir y, a su regreso, se había arrojado sobre la cama. Se había ido con Adina, como supuse, a San Pedro, y habían encontrado el parpadeo de las velas tan pintoresco como era necesario. Caminó por la habitación un rato, inquieto, y vi que tenía algo que decir. Finalmente, lo soltó.

—Oye, me han aceptado. Estoy comprometido. Soy lo que se llama un hombre feliz.

Por supuesto, le deseé alegría por la noticia; y pude asegurarle, con ardiente convicción, que había elegido bien. La señorita Waddington era la más encantadora, la más pura, la más interesante de las jóvenes. Pude ver que estaba agradecido por mi simpatía, pero no le gustaba la «expansión», y se contentó, mientras me estrechaba la mano, con decir simplemente: «Oh, sí; es la persona adecuada». Dio dos o tres vueltas más por la habitación, y luego se detuvo de repente ante su tocador y sacó una bandeja de su neceser. Allí yacía el gran entalle; más grande incluso de lo que me habría atrevido a presumir.

—Sería una cosa bonita para ofrecerle a la prometida de uno —dijo, después de contemplarlo un rato—. ¿Cómo podría llevarlo, cómo se podría engastar?

—Solo podría haber una manera —dije—; como un medallón macizo, pendiente de un collar. Ciertamente iluminaría más el mundo en el pecho de una mujer hermosa que guardado aquí, entre tus cepillos y navajas. Pero, a mi entender, solo una belleza de cierto tipo podría llevarlo adecuadamente: una belleza espléndida y morena, con la frente de una emperatriz romana y

los hombros de una estatua antigua. Una chica rubia y esbelta, de ojos azules y dulce sonrisa, parecería, de alguna manera, abrumada por él, y si lo viera colgado, por ejemplo, del blanco cuello de la señorita Waddington, sentiría como si la estuviera arrastrando al suelo y causándole un misterioso dolor.

Creo que se molestó un poco por esta objeción bastante rebuscada; pero sonrió al cerrar la bandeja.

—Puede que Adina no tenga los hombros de la Venus de Milo —dijo—, pero espero que se necesite más que una baratija como esta para hacerla inclinarse.

No siempre voy a la iglesia el día de Navidad; pero tengo la costumbre de toda la vida de dar un paseo solitario, con cualquier tiempo, y albergar pensamientos cristianos si surgen. Esta era una Navidad sureña, sin nieve en el suelo, ni cascabeles de trineo en el aire, ni el humo de los hogares concurridos elevándose hacia un cielo azul y frío. El día era suave y casi cálido, el cielo gris y sin sol. Si estaba dispuesto a tener pensamientos navideños, confieso que los busqué entre los recuerdos paganos. Paseé por los foros y luego caminé hasta el Coliseo. Estaba vacío, salvo por una sola figura, sentada en los escalones al pie de la cruz en el centro: un joven, aparentemente, inclinado hacia adelante, inmóvil, con los codos en las rodillas y la cabeza hundida entre las manos. Como no se movió ni me observó cuando pasé cerca de él, me dije que, meditando allí tan intensamente a la sombra del signo de la redención, podría pasar por una imagen del remordimiento juvenil. Luego, como no se movía, me pregunté si no sería una pasión aún más profunda que el arrepentimiento. De repente, levantó la vista y reconocí a nuestro amigo Ángelo, no de inmediato, sino en respuesta a un gradual movimiento de reconocimiento en su propio rostro. Solo habían pasado siete semanas desde nuestro encuentro y, sin embargo, parecía tres años mayor. Me pareció que había perdido peso y ganado expresión. Su sonrisa de alma sencilla había desaparecido; no había rastro de ella en la tímida desconfianza de su saludo. Parecía más grave, más viril y mucho menos rústico. Llevaba ropas nuevas de un patrón pretencioso, aunque las llevaba descuidadamente y salpicadas de barro. Recuerdo que llevaba una corbata de color naranja llameante, que armonizaba admirablemente con su pintoresco colorido. Evidentemente, había cambiado mucho; tan cambiado como si hu-

biera hecho un viaje alrededor del mundo. Le ofrecí la mano y le pregunté si me recordaba.

—¡Per Dio! —exclamó—. ¡Y con razón!

Incluso su voz parecía haber cambiado; era más llena y áspera. Nos guardaba rencor. Me pregunté cómo se le habían abierto los ojos. Los fijó en mí con un mudo reproche, que era mitad suplicante y mitad ominoso. Había estado meditando y meditando sobre su exiguo negocio hasta que el sentimiento de agravio se había convertido en una especie de miedo sofocado. Observé todo esto con conmovedora compasión, pues me parecía que se había desprendido de algo más precioso incluso que su entalle imperial. Había perdido su ignorancia infantil, esa paz mental pastoral que le había permitido dormir allí tan graciosamente con la cabeza entre las flores. Pero incluso en su resentimiento, seguía siendo simple.

—¿Dónde está el otro, su amigo? —preguntó.

—Está en casa, todavía está en Roma.

—¿Y la piedra, qué ha hecho con ella?

—Nada. Todavía la tiene.

Sacudió la cabeza con tristeza.

—¿Me la devolverá por veinticinco escudos?

—Me temo que no. La valora.

—Eso creo. ¿Me dejará verla?

—Eso debe preguntárselo a él. No se la enseña a nadie.

—Tiene miedo de que se la roben, ¿eh? ¡Eso demuestra su valor! No se la ha enseñado a un joyero, a un... ¿cómo los llaman?, ¿un lapidario?

—A nadie. Debe creerme.

—¿Pero la ha limpiado y pulido, y ha descubierto lo que es?

—Es muy antigua. Es difícil de decir.

—¡Muy antigua! Claro que es antigua. Tiene más años que escudos me dio. ¿Qué aspecto tiene? ¿Es roja, azul, verde, amarilla?

— Bueno, amigo mío — dije, tras un momento de vacilación —, es amarilla.

Me lanzó una mirada escrutadora; luego, rápidamente:

— ¡Es lo que se llama un topacio! — exclamó.

— Sí, es lo que se llama un topacio.

— Y está esculpida, ¡eso pude verlo! Es un entalle. Oh, conozco los nombres, y he pagado bastante por mi aprendizaje. ¿Cuál es la figura? ¿La cabeza de un rey, o de un papa, quizás, eh? ¿O el retrato de alguna mujer hermosa de las que se lee?

— Es la figura de un emperador.

— ¿Cuál es su nombre?

— Tiberio.

— ¡Corpo di Cristo! — su rostro se sonrojó, y sus ojos se llenaron de lágrimas de ira.

— Vamos — dije —, veo que lamentas haberte desprendido de la piedra. Alguien ha estado hablando contigo y te ha puesto descontento.

— ¡Todo el mundo, per Dio! Como el tonto rematado que era, no pude guardarme mi estupidez. Volví a casa con mis once escudos, pensando que nunca vería su fin. Lo primero que hice fue comprarle una horquilla dorada a un vendedor ambulante y dársela a Ninetta, una joven de mi pueblo con la que tenía una amistad. Se la clavó en las trenzas, se miró en el espejo y luego preguntó cómo me había hecho rico de repente. «Oh, soy más rico de lo que crees», le dije, y le mostré mi dinero, y le conté la historia de la piedra. Es una chica muy lista, y haría falta un tipo avisado para tener la última palabra con ella. Se rio en mi cara y me dijo que era un idiota, que la piedra valía seguramente quinientos escudos; que mi extranjero era un canalla despiadado; que debería haberla traído y enseñádosela a mis mayores y superiores; en fin, que podía creerme, que había tenido una fortuna en la mano y la había tirado a los perros. Y, para rematar este dulce discurso, se sacó la horquilla y me la tiró a la cara. No quería volver a verme; preferiría casarse con un mendigo ciego en un cruce de caminos. ¿Qué podía decir? Tenía una hermana que era doncella de una dama distinguida en Roma, una marquesa, que tenía un collar de valor incalculable hecho de

finas piedras antiguas recogidas en la Campiña. Me fui cabizbajo, maldiciendo mi locura: ¡arrojé mi dinero a la tierra y escupí sobre él! Al final, para aliviar mi espíritu, fui a beber una jarra de vino a la taberna. Allí encontré a tres o cuatro jóvenes que conocía; les invité a todos; odiaba mi dinero y quería deshacerme de él. Por supuesto, ellos también querían saber de dónde había sacado mis bolsillos llenos. Les dije la verdad. Esperaba que me dieran una mejor versión de las cosas que esa víbora de Ninetta. Pero golpearon sus vasos en la mesa y se burlaron de mí a coro. Cualquier burro, pastando, si hubiera encontrado semejante tesoro con el hocico, lo habría tomado entre los dientes y lo habría llevado a su amo. Esto fue un consuelo frío; ahogué mi rabia en vino. Vacíé una botella tras otra; por primera vez en mi vida me emborraché. ¡Pero no puedo hablar de esa noche! Al día siguiente, llevé lo que quedaba de mi dinero a mi tío y le dije que se lo diera a los pobres, que comprara candelabros nuevos para su iglesia o que dijera misas por la redención de mi alma blasfema. Lo miró muy fijamente y esperó que lo hubiera conseguido honradamente. Estaba metido en el lío; ¡se lo conté a él también! Me escuchó en silencio, mirándome por encima de sus gafas. Cuando terminé, revolvió el dinero en sus manos y luego se sentó durante tres minutos con los ojos cerrados. De repente, me lo devolvió a mis propias manos. «Guárdalo, guárdalo, hijo mío», dijo, «tu ingenio nunca te ayudará a conseguir una cena, ¡aprovecha al máximo lo que tienes!». Desde entonces, ¿ves?, he estado en un estado febril. No puedo pensar en otra cosa que en la fortuna que he perdido.

— ¡Oh, una fortuna! — dije, con desaprobación —. Exageras.

— Habría sido una fortuna para mí. Una voz sigue resonando en mi oído día y noche, y me dice que podría haber conseguido mil escudos por ella.

Me temo que me sonrojé; me aparté un momento; cuando volví a mirar al joven, su rostro se había encendido.

— Tiberio, ¿eh? Un emperador romano esculpido en un gran topacio, ¡eso es fortuna suficiente para mí! Su amigo es un canalla, ¿lo sabe? No lo digo por usted; me gusta su cara, y creo que, si puede, me ayudará. Pero su amigo es un pequeño monstruo feo. No sé por qué diablos confié en él; vi que no me deseaba ningún bien. Y sin embargo, si alguna vez hubo un tipo inofensivo, ese era yo. ¡Ecco! Es mi destino. Eso está muy bien decirlo; lo digo y lo repito, pero no me ayuda más que un vaso vacío a la sed. Ahora

no soy inofensivo. Si me encuentro con su amigo, y me niega justicia, no responderé de estas dos manos. Ya ve, son fuertes; ¡podría estrangularlo fácilmente! Oh, al principio, le hablaré con buenas palabras, pero si me despacha y me responde con juramentos ingleses, ¡solo pensaré en mi venganza! —Y con un gesto apasionado se quitó el sombrero, lo arrojó al suelo y se quedó secándose el sudor de la frente.

Le respondí breve pero amablemente. Le dije que dejara su caso en mis manos, que volviera a Lariceia y tratara de encontrar alguna ocupación que lo distrajera de su agravio. Confieso que, incluso al dar este consejo respetable, solo creía en él a medias. No era misión del pobre Ángelo alcanzar la virtud a través de la tribulación. Su naturaleza indolente, activa solo en el sentimiento inmediato, habría encontrado mi prescripción de trabajo saludable más intolerable incluso que su agravio. Miró sombríamente y no respondió, pero vio que yo tenía sus intereses en el corazón, y me prometió, al menos, dejar Roma y creer que yo defendería su causa con justicia. Si tenía buenas noticias para él, debía dirigirme a él en Lariceia. Así fue como supe su nombre completo, un nombre que, ciertamente, debería haber sido para su portador una especie de talismán contra los problemas: Angelo Beati.

## PARTE II

Sam Scrope pareció extremadamente molesto cuando empecé a contarle mi encuentro con nuestro amigo, y vi que todavía había algo pendenciero en lo profundo de su corazón, intensamente hostil a la justicia. Era característico de su peculiar temperamento que su felicidad, como amante aceptado, no lo hubiera dispuesto a concesiones graciosas. Trataba su dicha como si fuera de su propiedad privada, y tenía tan poco humor para difundir su in-

fluencia como lo tendría para enviar por caridad un plato selecto de una cena inacabada. Sin embargo, creo que podría haber admitido rígidamente que había una pizca de razón en la reclamación de Ángelo, si yo no hubiera sido demasiado indiscretamente exacto en mi relato de nuestra entrevista. De hecho, me había impresionado algo pintorescamente trágico en la condición del pobre muchacho y, para hacer perfecta justicia al cuadro, le conté que había arrojado su sombrero a tierra como un guante de desafío y había hablado de su venganza. Scrope, entonces, pareció fieramente disgustado y lo tildó de payaso teatral; pero me autorizó a escribirle una nota diciéndole que hablaría con él un par de días después. Me sorprendió que Scrope consintiera en verlo, pero me di cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo de conciencia para no eludir ninguna de las incomodidades del asunto.

—No quiero que esté pataleando y gritando aquí en la casa —dijo—. También me reuniré con él en el Coliseo.

Fijó una hora y yo despaché a Lariceia tres líneas de un italiano incorrecto pero cortés.

Fue mejor —mucho mejor— que no se hubieran encontrado. A su regreso, Scrope me pidió que lo excusara de repetir lo que había pasado entre ellos; baste decir que Ángelo era un cachorro impudente y que esperaba no volver a oír hablar de él.

—¿Había recibido Ángelo, finalmente, alguna compensación? —pregunté.

—¡Ni un céntimo! —gritó Scrope, y salió de la habitación.

Evidentemente, los dos jóvenes habían sido una fuente de ofensa irreconciliable el uno para el otro. Ángelo había prometido hablarle con buenas palabras, y me inclino a creer que así lo hizo; pero el mero cambio en su apariencia, al parecer desafiar la simpatía de mi compañero de una manera demasiado perentoria, había tenido el efecto irritante de una amenaza. Scrope había sido despectivo, y su italiano torpe y poco amable sin duda lo había hecho parecer aún más. No se puede tratar a los italianos con desprecio; quienes los conocen han aprendido lo que se puede hacer con una cantidad moderada de concesiones superficiales. Ángelo había respondido con ira y, como supe después, había exigido, como un derecho, la restitución del topacio a cambio de la suma recibida por él. Scrope había replicado que si

adoptaba ese tono no obtendría nada en absoluto, y el joven ofendido había respondido con amenazas temerarias e insultantes. Qué les impidió llegar a las manos, no lo sé; ciertamente, ninguna señal de vacilación por parte de mi compañero. Cara a cara, a Ángelo no le había parecido tan fácil de estrangular, y esa pizca de discreción salvadora que se mezcla con toda pasión italiana le había susurrado al joven que pospusiera su venganza. Sin adoptar una visión melodramática de las cosas, me pareció que a Scrope le esperaba una mala racha. Quizás no tenía una visión definida de un asesino encapuchado acechando bajo un oscuro arco, pero pensé que era perfectamente posible que Ángelo se volviera intolerable. El simple hecho de que contara su historia por toda Roma a quien quisiera escucharlo podría ser una grave molestia; aunque, en verdad, Scrope tenía la ventaja de que la mayoría de la gente podría negarse a creer en la existencia de una gema de la que su dueño estaba tan poco inclinado a jactarse. Toda la situación, en cualquier caso, me ponía extremadamente nervioso. Un día maldecía a mi compañero por ser un judío más hambriento que Shylock, y al día siguiente lo compadecía como víctima de una alucinación moral. Si le dábamos tiempo, entraría en razón; le pagaría al pobre Ángelo con intereses. Mientras tanto, sin embargo, no podía hacer nada, pues sentía que era peor que inútil sugerirle a Scrope que estaba en peligro. Habría despreciado la idea de que un italiano fanfarrón lo desviara un centímetro de su camino elegido.

No puedo decir si la «imprudencia» de Ángelo le había parecido liberarlo, en general, de su voto de ocultar el entalle; unas pocas palabras, en todo caso, de la señorita Waddington, un par de noches después, me recordaron la reserva original que había hecho a ese voto. La señora Waddington estaba al piano, descifrando una nueva pieza musical, y Scrope, que era aficionado a los rompecabezas, como tales, pretendía, medio en broma, supervisarla y corregirla.

—La he visto —me dijo Adina, con ojos graves y abiertos—, he visto el maravilloso topacio. Dice que usted está en el secreto. No quiere decirme cómo lo consiguió. Honestamente, espero.

Traté de reír.

—No debe investigar demasiado la honestidad de los cazadores de antigüedades. En su código, apenas es deshonesto tratar los camafeos y cajas de rapé sueltos como los carteristas tratan los monederos.

Me miró con tímida sorpresa, como si hubiera hecho una broma realmente cruel.

—Dice que debo llevarlo uno de estos días como medallón —continuó—. Pero no lo haré. La piedra es hermosa, pero me sentiría muy incómoda llevando al emperador Tiberio tan cerca de mi corazón. ¿No fue uno de los emperadores malos, uno de los peores? Es casi una profanación tener algo que él ha mirado y tocado y que llega a uno de forma tan directa. Su imagen casi me estropea la belleza de la piedra y me alegro mucho de que el señor Scrope la mantenga oculta.

Este parecía un estado de ánimo muy apropiado para un ángel rubio de origen neoyinglés.

Los días pasaron y la «venganza» de Ángelo seguía en suspenso. Scrope nunca se encontró con su destino en un recodo de una de las oscuras calles romanas; llegaba puntualmente cada noche a las once. Me preguntaba si nuestro meditabundo amigo ya habría gastado la fuerza siniestra de una naturaleza formada para estar perezosamente contenta. Así lo esperaba, pero me equivocaba. Una tarde habíamos ido a pasear —las damas, Scrope y yo— a la encantadora Villa Borghese y, para escapar del bullicio del mundo elegante y su distracción, nos habíamos alejado a un rincón poco frecuentado donde el viejo muro mohoso, los esbeltos cipreses negros y la hierba sin pisar formaban, bajo el espléndido cielo romano, el más armonioso de los cuadros. Por supuesto, no muy lejos había un hemicíclo de piedra cubierto de musgo, y bancos agrietados con patas de grifo, donde uno podía sentarse a charlar y observar a las lagartijas corretear al sol. Así lo habíamos hecho durante media hora cuando Adina divisó la primera violeta del año, brillando en la raíz de un ciprés. Se apresuró a levantarse y recogerla, luego se alejó más, con la esperanza de darle algunas compañeras. Scrope se sentó y la observó mientras se alejaba lentamente, arrastrando su larga sombra sobre la hierba e inclinando la cabeza de un lado a otro en su encantadora búsqueda. No era, lo sé, que no sintiera el impulso de unirse a ella; sino que estaba enamorado, por el momento, de mirarla desde donde estaba sentado. Su búsqueda la llevó a cierta distancia y finalmente desapareció de la vista tras una curva del muro de la villa. La señora Waddington propuso a los pocos minutos que la alcanzáramos, y avanzamos. No habíamos dado muchos pasos cuando ella reapareció, mirando por encima del hombro mientras venía hacia nosotros con un aire de contenida perturbación. En un instante vi que

la seguían; un hombre estaba justo detrás de ella, un hombre en quien mi segunda mirada reconoció a Angelo Beati. Adina estaba pálida; algo había pasado evidentemente entre ellos. Para cuando se encontró con nosotros, también estábamos cara a cara con Ángelo. Él también estaba pálido y, entre estas dos palideces, Scrope se había puesto carmesí. Temí una explosión y me acerqué a Ángelo para evitarla. Pero para mi sorpresa, evidentemente seguía otra línea. Volvió el brillo nublado de sus ojos sobre cada uno de nosotros y levantó la mano en el aire como para decir, en respuesta a mi acusación tácita: «Déjenme en paz, sé lo que hago». Intercambié una mirada con Scrope, instándole a que siguiera adelante con las damas y me dejara encargarme del intruso. La señorita Waddington se detuvo; miraba a Ángelo con suave atención. Su amante, para llevársela, la agarró del brazo casi con rudeza, y mientras se iba con él la vi sonrojarse ligeramente. La señora Waddington, sin sospechar nada malo, no vio más que a un joven muy apuesto.

— ¡Qué criatura tan hermosa para un boceto! —le oí exclamar, mientras seguía a su hijastra.

— No voy a armar jaleo —dijo Ángelo, con una sonrisa sombría—, ¡no se asusten! Sé lo que son los buenos modales. Estas tres semanas que he estado merodeando por Roma, he aprendido a hacerme el caballero. ¿Quién es esa señorita?

— Mi querido joven, no es asunto suyo. Espero que no haya tenido la osadía de hablarle.

Guardó silencio un momento, mirándola mientras se alejaba del brazo de su compañero.

— Sí, le hablé, y me entendió. Tranquilo; no dije nada que no pudiera oír. Pero tal como fue, lo entendió. Es la novia de su amigo; eso lo sé. Los he estado observando durante media hora desde detrás de esos árboles. Es maravillosamente hermosa. Adiós; no les deseo ningún mal, pero díganle a su amigo que no lo he olvidado. Solo estoy esperando mi oportunidad; creo que llegará. No quiero matarlo; quiero hacerle un daño que sobreviva y sienta... ¡para siempre!

Se estaba dando la vuelta, pero se detuvo y observó a mis compañeros hasta que desaparecieron. Finalmente:

—Tiene más suerte de la que le corresponde —dijo, con una especie de frialdad forzada—. Un topacio... ¡y una perla! ¡Ambos a la vez! ¡Eh, adiós!

Y se alejó rápidamente, agitando la mano. Lo dejé ir. No estaba satisfecho, pero su inesperada sobriedad no me dejó nada que decir.

Cuando ocurre un suceso sorprendente, solemos perder mucho tiempo intentando recordar las señales y presagios correctos que lo precedieron, y cuando parecen menos de los que deberían, no dudamos en imaginarlos, los inventamos después del hecho. Por eso no pretendo estar seguro de que me llamara especialmente la atención, a partir de ese momento, algo extraño en nuestra tranquila Adina. Siempre me había parecido vagamente, inocentemente extraña; parte de su encanto era que en el movimiento diario y silencioso de su vida, un trasfondo místico parecía murmurar: «¡No me conoces ni la mitad!». Quizás nosotros tres, mortales prosaicos, no éramos del todo dignos de conocerla; sin embargo, creo que si un hombre de mundo experimentado me hubiera susurrado un día, mientras tomábamos vino, después de que la señorita Waddington se hubiera alejado con un frufú de la mesa, que allí había una joven que, tarde o temprano, obsequiaría a sus amigos con una sorpresa de primera clase, le habría puesto el dedo en la manga y le habría dicho con una sonrisa que expresaba mi propio pensamiento. ¿Estaba más silenciosa de lo habitual, estaba preocupada, estaba melancólica, estaba inquieta? Pintorescamente, debería haber sido todas estas cosas; pero, de hecho, seguía siendo para el ojo iluminado simplemente una doncella rubia muy bonita, que sonreía más de lo que hablaba, y aceptaba la devoción de su amante con una encantadora modestia que sabía mucho más a humildad que a condescendencia. Me pareció inútil repetirle a Scrope la declaración del joven italiano de que le había hablado, y el pobre Sam nunca me insinuó que la hubiera interrogado sospechando el hecho, ni que ella le hubiera ofrecido ninguna explicación al respecto. Estaba seguro, sin embargo, de que algo debía haber pasado entre la joven y su amante en forma de pregunta y respuesta, y me preguntaba en privado qué demonios había querido decir Ángelo al afirmar que ella le había entendido. ¿Qué había entendido? Seguramente no la historia de la adquisición de la gema por parte de Scrope; pues suponiendo —lo cual era improbable— que Ángelo hubiera tenido tiempo de comunicársela, no era natural que Adina no hubiera exigido francamente una explicación. Finalmente, rompí el hielo y le pregunté a Scrope si suponía que la señorita Waddington tenía motivos para relacionar

el gran entalle con el pintoresco joven que había conocido en la Villa Borghese.

Mi pregunta le causó una visible incomodidad.

—¿Pintoresco? —gruñó—. ¿Le dijo ella que lo consideraba pintoresco?

—En absoluto. ¡Pero lo es! Al menos debe concederle eso.

—No se había peinado en una semana, si a eso se refiere. Pero es un encanto que dudo que Adina aprecie. Pero ciertamente ha cogido —añadió al cabo de un momento— una aversión inexplicable al topacio. Dice que el emperador Tiberio se lo estropea. Es llevar las antipatías históricas bastante lejos; suponía que nada podía estropear una gema fina para una mujer bonita. Parece —dijo finalmente— que ese canalla le habló.

—¿Qué le dijo?

—Le preguntó si estaba comprometida conmigo.

—¿Y qué respondió ella?

—Nada.

—Supongo que se asustó.

—Pudo ser; pero dice que no. Él le rogó que no lo estuviera; le dijo que era un pobre tipo inofensivo que buscaba justicia. Ella lo dejó, sin hablar. Le dije que estaba loco, no es mentira.

—¿Posiblemente! —repliqué. Luego, como último intento—: Sabe que no sería del todo mentira —añadí— decir que usted no está absolutamente cuerdo. Es muy errático con respecto al topacio; la obstinación, llevada en ciertas circunstancias más allá de cierto punto, tiene un peligroso parecido con la locura.

Supongo que si se pudiera razonar con una mula, saber que la llaman terca la haría aún más mula. Scrope me dedicó una sonrisa gélida.

—Niego sus circunstancias. Si estoy loco, reclamo el privilegio del loco de creerme peculiarmente cuerdo. Si desea sermonearme, debe atraparme en un intervalo lúcido.

El aliento de la primavera temprana en Roma, aunque mágico, como sabes, en su influencia visible sobre la oscura y vieja ciudad, suele ser bas-

tante duro para la constitución extranjera. Después de una quincena de siroco ininterrumpido, el buen humor de la señora Waddington confesó estar deprimido. Tenía miedo, por supuesto, de que fuera a contraer «la fiebre», y se apresuró a consultar a un médico. Él la tranquilizó, le dijo que simplemente necesitaba un cambio de aires y le recomendó un mes en Albano. A Albano, en consecuencia, se trasladaron las dos damas, bajo la escolta de Scrope. La señora Waddington me instó amablemente a que fuera con ellas; pero me retuvo en Roma la llegada de unos parientes míos, para quienes me vi obligado a hacer de cicerone. Solo pude prometer hacer una visita ocasional a Albano. Mi tío y sus tres hijas eran magníficos turistas y me dieron mucho que hacer; sin embargo, al cabo de una semana pude cumplir mi promesa. Encontré a mis amigos alojados en la posada, y a las dos damas haciendo todo lo posible por fundir la sensación de suelos de piedra sucios y manteles amarillos arrugados en una contemplación extática, desde sus ventanas, de la gran llanura brumosa y marina de la Campiña. Aparte de la vista, pasaban días deliciosos. Recordarás la belleza del lugar y su pintoresco vecindario de extraños pueblos de montaña. El campo florecía con las primeras flores y el follaje, y mis amigos vivían al aire libre. La señora Waddington dibujaba acuarelas. Adina recogía ramilletes silvestres, y Scrope revoloteaba contento entre ellas, no sin alguna ocasional crítica franca sobre el uso que la dama mayor hacía de sus pigmentos y la combinación de narcisos y ciclámenes de Adina. Todos me parecieron muy felices y, sin malicia, casi me sentí tentado a preguntarme si el don más deseable de los dioses no es una convicción a toda prueba de la propia impecabilidad. Sin embargo, incluso un amante con mala conciencia podría ser engañado hasta la incredulidad en el castigo por la dulzura no negociada de una presencia tal en su vida como la de Adina Waddington.

Pasé la noche en Albano, pero como me había comprometido a ir a la mañana siguiente a una función con mis primas en Roma — «bellas» es retórica; pero eran excelentes chicas —, me vi obligado a levantarme y partir al amanecer. Scrope se había ofrecido a acompañarme parte del camino y volver andando a la posada antes del desayuno; pero decliné aceptar un favor tan oneroso y partí solo, en el crepúsculo temprano. Una destartalada diligencia hacía el tránsito a través de la Campiña, y tuve que caminar cinco minutos hasta la oficina de correos, mientras esperaba su carga. Atravesé el pequeño jardín de la posada, ya que esto me ahorra algunos pasos. Al sonido de mis pisadas en la grava, una figura se levantó lentamente de un

banco al pie de una lisiada y tétrica estatua, y me encontré mirando a Angelo Beati. Lo saludé con una exclamación, que era virtualmente un desafío a su derecho a estar allí. Se quedó de pie y me miró fijamente, con una extraña sonrisa desafiante y desenvuelta, y finalmente, en respuesta a mi repetida pregunta sobre qué demonios estaba haciendo, dijo que suponía que tenía derecho a dar un paseo por el jardín de un vecino.

—¿Un vecino? —dije—. ¿Cómo?

—¡Eh, per Dio! ¿Acaso no vivo en Lariceia? —Y se rio de una manera casi tan simple como cuando lo habíamos despertado de su sueño sin sueños en las praderas.

Tantas otras exigencias habían reclamado mi atención durante la ausencia de mi amigo que nunca se me ocurrió que Scrope se había alojado en las mismas fauces del enemigo. Pero empecé a creer que, después de todo, el enemigo era muy inofensivo. Si Ángelo limitaba sus maquinaciones a sentarse en jardines húmedos a horas palúdicas, Scrope no sería el primero en sufrir. Al principio me había imaginado que su sentimiento de agravio lo había hecho un hombre; pero todavía parecía flotar a su alrededor una especie de ineficacia romántica. Su doloroso impulso hacia la madurez había durado solo un día y se había convertido de nuevo en un holgazán irresponsable en la Arcadia. Pero debía tener una constitución arcádica para desafiar los rocíos romanos a ese ritmo.

—Y viniste aquí con un propósito —dije—. Debería ser uno muy bueno para justificar que pases las noches a la intemperie de esta manera tonta. Si no tienes cuidado, pillarás la fiebre y morirás, y eso será el fin de todo.

Pareció agradecido por mi interés en su salud.

—No, no, señorito mío, no cogeré la fiebre. Tengo una fiebre aquí —y se dio un golpe en el pecho— que es una salvaguardia contra la otra. He tenido un propósito al venir aquí, pero nunca lo adivinarás. Déjame en paz; ¡no te haré daño! Pero ahora que el día empieza, debo irme; no debo ser visto.

Lo agarré del brazo, lo miré fijamente e intenté penetrar su significado. Me miró a los ojos con franqueza y soltó una risita contenta. Cualquiera que fuera su secreto, no se avergonzaba de él; vi con cierta satisfacción que le estaba enseñando paciencia. Algo en su rostro, en la impresión que me dio de su naturaleza, me tranquilizó, al mismo tiempo que contradecía mi

hipótesis de un momento antes. No había maldad ni malignidad en él, sino un deseo profundo, insistente y natural que parecía dormir por el momento en una misteriosa previsión de éxito. Pensó, al parecer, que su rostro estaba revelando demasiado. Soltó otra risita y empezó a silbar suavemente.

—Estás destinado a algo mejor —dije— que a merodear por aquí como un ladrón. ¿Qué te parecería ir a América y hacer un trabajo honrado?

Tuve una absurda visión momentánea de ayudarle en su camino y darle una carta de presentación para mi cuñado, que estaba en el negocio de la ferretería.

Se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo.

—¿Crees, entonces, que estoy destinado a algo bueno?

—¡Si quieres! Si renuncias a tu ociosa idea de «venganza» y confías en que el tiempo repare tu agravio.

—¿Renunciar a ella? ¡Imposible! —dijo, sombríamente—. Pídeme más bien que me corte un brazo. Esto es lo mismo. Es parte de mi vida. He confiado en el tiempo, he esperado cuatro largos meses y, sin embargo, aquí estoy, tan pobre e indefenso como al principio. No, no, no se me va a tratar como a un perro. Si hubiera sido justo, habría hecho cualquier cosa por él. No soy un mal tipo; nunca tuve un pensamiento cruel. Muy probablemente era demasiado simple, demasiado estúpido, demasiado contento con ser pobre y andrajoso. El Señor hace con nosotros lo que le place; pensó que necesitaba un pequeño revulsivo. ¡Y vaya si lo he tenido! ¿Pero consultó tu amigo al Señor? ¡No, no! Consultó a su propio egoísmo, y se creyó lo bastante listo como para robar lo dulce y no probar nunca lo amargo. Pero lo amargo llegará; y será mi dulce.

—¡Vaya discurso! Dime en tres palabras qué significa.

—¡Espere! Si va a Roma en la diligencia, como supongo, debería ponerse en marcha. Puede perder su sitio. Tengo la idea de que nos volveremos a encontrar.

Se alejó y, un momento después, oí la gran puerta de hierro del jardín chirriar sobre sus goznes. Estaba perplejo y, por un momento, dudé de mil maneras si quedarme con mis amigos. Pero, por un lado, no veía ninguna forma definida en que pudiera librarlos de la molestia; y, por otro, me esper-

aban con confianza en Roma. Además, ¿no podría disiparse antes la oscura nube dejando que el proyecto de Ángelo —sustancia o sombra, fuera lo que fuese— se desarrollara por sí mismo? A Roma, por lo tanto, regresé; pero durante varios días me persiguió la sospecha de que algo feo, algo triste, algo extraño, en cualquier caso, estaba ocurriendo en Albano. Al final se volvió tan opresiva que alquilé un carruaje ligero y volví. Llegué a la posada hacia el final de la tarde, y apenas esperaba encontrar a mis amigos en casa. De hecho, habían salido a pasear, y el posadero no se había fijado en qué dirección. No tenía nada que hacer más que deambular por el pequeño y sucio pueblo hasta su regreso. ¿Recuerdas el convento de los Capuchinos al borde del lago de Albano? Subí hasta él y, viendo la puerta de la iglesia todavía abierta, entré. El crepúsculo se había acumulado en los rincones, pero el altar, por alguna piadosa razón, brillaba con un número inusual de velas. Titilaban pintorescamente en la penumbra; aquí y allá una figura arrodillada se definía vagamente; era un bonito claroscuro, y me senté a disfrutarlo. Al poco rato, me fijé en la mirada de intensa devoción de una joven sentada cerca de mí. Tenía las manos entrelazadas sobre las rodillas, la cabeza echada hacia atrás y los ojos fijos con extraña dilatación en el altar resplandeciente. Ya sabes cómo imaginamos figuras en el resplandor del hogar; esta joven parecía estar leyendo una visión extática a la luz de las velas. Su expresión era tan peculiar que durante unos momentos disfracó su rostro y me dejó percibir con una súbita conmoción que estaba observando a Adina Waddington. Busqué a sus compañeros, pero evidentemente estaba sola. Me pareció entonces que no tenía derecho a observarla a escondidas, y sin embargo no estaba dispuesto ni a molestarla ni a retirarme y dejarla. La noche se acercaba; ¿cómo es que no estaba acompañada? Llegué a la conclusión de que estaba esperando a los demás; Scrope, quizás, había ido a ver la puesta de sol desde la terraza del jardín del convento —un privilegio negado a las damas—; y la señora Waddington se entretenía fuera de la iglesia tomando notas para un boceto. Me di la vuelta, rodeé la iglesia y me acerqué a la joven por el otro lado. Esta vez, mi cercanía la despertó. Apartó los ojos del altar, me miró, los posó en mi rostro y, sin embargo, no dio ninguna señal de reconocimiento. Pero al final se levantó lentamente y vi que me conocía. ¿Se estaba convirtiendo al catolicismo y preparándose para abandonar a sus amigos herejes? La saludé, pero continuó mirándome con intensa gravedad, como si sus pensamientos la impulsaran más allá de las frívolas cortesías. No parecía en lo más mínimo nerviosa —como había

temido que estuviera — por haber sido observada; estaba preocupada, excitada, de una manera más profunda. Al sospechar que algo extraño estaba sucediendo en Albano, aparentemente no me equivocaba mucho.

—¿Qué está haciendo, mi querida señorita — le pregunté bruscamente —, en esta iglesia solitaria?

—Estoy pidiendo luz —dijo.

—¡Espero que la haya encontrado! —respondí sonriendo.

—¡Creo que sí! —y se movió hacia la puerta—. Estoy sola —añadió—, ¿me llevaría a casa?

Aceptó mi brazo y salimos; pero frente a la iglesia se detuvo.

—Dígame —dijo de repente—, ¿es usted un amigo muy íntimo del señor Scrope?

—Debe preguntarle a él si me considera como tal —respondí—. Yo al menos aspiro al honor.

La intensidad de sus modales me desconcertó, e intenté refugiarme en la jocosidad.

—Dígame entonces esto: ¿soportará una decepción, una gran decepción?

Parecía suplicarme que dijera que sí. Pero sentí que tenía un proyecto entre manos, y no tenía ninguna garantía para darle licencia. La miré un momento; sus ojos solemnes parecían crecer y crecer hasta que todo su rostro se convirtió en una súplica muda.

—No —dije resueltamente—, ¡decididamente no!

Dio un profundo suspiro y seguimos caminando. ¡Parecía absorta en sus pensamientos! No prestó atención a mis intentos de conversación, y tuve que esperar hasta que llegamos a la posada para obtener una explicación de su solitaria visita a los Capuchinos. Sus compañeros habían llegado, y de ellos, después de su bienvenida, supe que los tres habían salido juntos, pero que Adina se había quejado enseguida de fatiga y había obtenido permiso para volver a casa. «Si me canso por el camino», había dicho, «entraré en una iglesia a descansar». Se habían sorprendido al no encontrarla en la posada, y agradecieron que me la hubiera encontrado. Evidentemente, ellos también habían descubierto que la joven estaba de un humor singular. La

señora Waddington tenía una sonrisa forzada, y Scrope no tenía sonrisa alguna. Adina se sentó tranquilamente a su costura, y no confesamos, ni siquiera tácitamente, ninguna sospecha de que estuviera «nerviosa». Ciertamente no era un nerviosismo común; inclinó la cabeza con calma sobre su bordado y dio sus puntadas con una mano inocente del más mínimo temblor. Finalmente cenamos; transcurrió de forma algo opresiva, y agradecí la propuesta de Scrope, después, de ir a fumar un cigarro al jardín. El pobre Scrope era infeliz; pude verlo, pero apenas me atreví a esperar que me contara sin más lo que le pasaba a Adina. Naturalmente se me ocurrió que ella había mostrado disposición a retractarse de su compromiso. Le di una docena de oportunidades para que lo dijera, pero evidentemente no se atrevía a expresar sus temores. Para dar un impulso a nuestra conversación, le recordé su cercanía a Lariceia y le pregunté si había visto a Angelo Beati.

— Varias veces — dijo —. Ha pasado a mi lado en el pueblo, o en los caminos, unas seis veces. Me lanza una mirada insolente y sigue su camino. Se desahoga lanzando dagas con sus ojos oscuros; ¡ya ves cuánto hay que temer de él!

— No se desahoga del todo — dije al cabo de un rato — lanzando dagas. Merodea por la posada de noche; vaga por el jardín mientras duermes, como si pensara que podría darte pesadillas mirando tus ventanas. — Y le describí nuestra reciente entrevista al amanecer.

Scrope me miró con gran sorpresa, luego se sonrojó lentamente de creciente ira.

— ¡Maldito idiota entrometido! — gritó —. Si no sabe dónde detenerse, yo se lo mostraré.

— ¡Cómpralo! — dije con firmeza.

— ¡Le compraré un látigo y se lo daré en su ancha espalda!

Creo que me metí las manos en los bolsillos y me alejé silbando. ¡Pase lo que pase, me lavaba las manos de la mediación! Pero no era irritación, pues sentí un extraño y medio razonado aumento de piedad por la falta de flexibilidad de mi amigo. Se quedó fumando su cigarro sombríamente, y para mostrarle que no me rendía del todo, le pregunté finalmente si ya se había decidido cuándo se casarían. Me había dicho poco antes que esto seguía

siendo una cuestión abierta, y que la señorita Waddington prefería dejarlo así.

No respondió de inmediato, sino que me miró fijamente.

—¿Por qué lo preguntas, justo ahora?

—Pues, mi querido amigo, curiosidad amistosa... —empecé.

Arrojó nerviosamente la colilla de su cigarro al suelo.

—¡No, no; no es curiosidad amistosa! —gritó—. ¡Has notado algo, sospechas algo!

Como insistió, confesé que sí.

—Esa hermosa joven —dije— me parece agitada y preocupada; me preguntaba si habíais tenido una pelea.

Pareció aliviado de que lo presionaran para hablar.

—Esa hermosa joven es un enigma. No sé qué le pasa; es todo muy doloroso; es una criatura muy extraña. Nunca soñé que hubiera un obstáculo para nuestra felicidad, para nuestra unión. Nunca ha protestado ni prometido; no es su manera, ni su naturaleza; siempre es humilde, pasiva, gentil; pero siempre extremadamente agradecida por cada señal de ternura. Hasta hace tres o cuatro días, me parecía más que nunca; su gentileza habitual tomó la forma de una especie de encogimiento, casi de sufrimiento, de desaprobación de mis atenciones, mis atenciones, mis tonterías de amante. Era como si la oprimieran y la mortificaran, y le hubiera gustado que yo fuera más ligero. No vi directamente que no era el exceso de mi devoción, sino mi devoción misma —el hecho mismo de mi amor y su compromiso— lo que le dolía. Cuando lo vi fue una bofetada en la cara. ¡No sé qué demonios he hecho! Las mujeres son criaturas insondables. Y sin embargo, Adina no es caprichosa, en el sentido común. La señora Waddington me dijo que era un «humor de chica», que no debíamos parecer prestarle atención, que pasaría. He estado esperando, pero la situación no mejora; has adivinado el problema sin ninguna pista. ¿Así que estas son penas de amor? —continuó, después de meditar un momento—. ¡No sabía cuán fieramente estaba enamorado!

No recuerdo con qué tontería bien intencionada iba a intentar consolarlo; la señora Waddington apareció de repente y lo apartó. Después de una breve

conversación en susurros con ella, entró rápidamente en la casa. Ella se quedó conmigo y, como parecía muy perpleja, y además habíamos discutido a menudo la situación y las perspectivas de nuestra compañera, le dije inmediatamente que Scrope acababa de relatar sus problemas actuales.

— ¡Son muy inesperados! — exclamó—. Es un trueno en un cielo despejado. Justo ahora Adina dejó su labor y me dijo solemnemente que le gustaría ver al señor Scrope a solas; ¿podría llamarlo, por favor? «¿Podría decirme, por favor», le pregunté, «qué demonios le pasaba y qué se proponía decirle?». Me miró un momento como si yo fuera una niña de cinco años interrumpiendo las oraciones familiares; luego se acercó suavemente y me besó, y dijo que lo sabría todo a su debido tiempo. ¿Pretende quedarse ahí de esa misma manera fantasmal y decirle que, después de todo, ha decidido no casarse con él? ¿Qué ha hecho el pobre hombre?

— Ha dejado de amarlo — sugerí.

— ¿Por qué ha dejado, de repente?

— Quizás no sea tan repentino como supone. Han ocurrido cosas así, en los corazones de las jóvenes, como una revisión gradual de una primera impresión.

— Sí, pero no sin un motivo particular, otra fantasía. Adina es fantasiosa, eso lo sé; dicho sea con todo respeto, fue fantasioso aceptar al pobre Sam para empezar. Pero una vez hecha su elección deliberadamente, ¿qué la ha puesto de mal humor con ella? En una palabra, la única explicación posible sería que nuestra señorita ha transferido sus afectos. ¡Pero es imposible!

— ¿Absolutamente? — pregunté.

— Absolutamente. Juzgue usted mismo. ¿A quién, por favor? No ha visto a otro hombre en un mes. ¿Quién podría haberla encantado tan misteriosamente? ¿El jorobadito que nos trae mandarinas cada mañana? ¿Quizás ha perdido el corazón por el príncipe Doria! Creo que ha estado en su villa por allí.

No encontré ninguna sonrisa para este leve sarcasmo. Me preguntaba... me preguntaba.

— ¿Literalmente no ha visto a nadie más? — pregunté cuando mis cavilaciones me dejaron aliento.

—No puedo responder por quién haya podido ver; no es ciega. Pero no ha hablado con nadie más, ni nadie le ha hablado; eso es muy seguro. El amor a primera vista — solo a primera vista — solía ser común en las novelas que devoraba a los quince años; pero dudo que exista en otro lugar.

Tenía una pregunta en la punta de la lengua, pero dudé un tiempo en arriesgarme. Debatí un rato en silencio y finalmente la pronuncié, con una disculpa introductoria.

—¿En qué lado de la casa está la habitación de Adina?

—Por favor, ¿a dónde quiere llegar? —dijo mi compañera—. En este lado.

—¿Da al jardín?

—Ahí está, en el segundo piso.

—Tenga la bondad... ¿cuál es?

—La tercera ventana, la que tiene las contraventanas atadas con un pañuelo.

Las contraventanas y el pañuelo adquirieron de repente una misteriosa fascinación para mí. Los miré durante un rato, y cuando volví a mirar a mi compañera, nuestros ojos se encontraron. No sé qué pensó, qué pensó que yo pensaba. Pensé que podría ser sacado de una novela: algo como el amor a primera vista; algo como un diálogo tácito, entre un apuesto joven italiano con un «agravio», en un jardín estrellado, y una doncella occidental fantástica en una ventana. De su propia impresión súbita, la señora Waddington pareció retroceder lentamente. Se arrebujaó en su chal, se estremeció y se volvió hacia la casa.

—Lo que hay que hacer —dije, ofreciéndole mi brazo— es marcharse de Albano mañana.

En la escalera interior nos detuvimos; la señora Waddington era reacia a interrumpir la entrevista de Adina con Scrope. Mientras dudaba hacia dónde dirigirse, la puerta de su sala de estar se abrió y la joven salió. Scrope estaba detrás de ella, muy pálido, con el rostro distorsionado por una emoción que estaba decidido a reprimir. Ella también estaba pálida, pero sus ojos brillaban como dos antorchas avivadas por el viento. Al encontrarse con la dama mayor, se detuvo, permaneció un momento mirando hacia abajo y dudando,

y luego tomó las dos manos de la señora Waddington y la besó en silencio. Se volvió hacia mí, extendió la mano y dijo: «¡Buenas noches!». Se la estreché, imagino, con sensible ardor, pues de alguna manera me impresionó profundamente. Había una fuerza sin nombre en la chica, ante la cual uno tenía que retroceder. Se demoró solo un instante y desapareció rápidamente hacia su habitación, en el oscuro pasillo. La señora Waddington posó amablemente su mano en el brazo de Scrope y lo condujo de nuevo al salón. Evidentemente, no iba a quejarse; su orgullo estaba enconado y ardiente, y sazonaba su autocontrol.

—Nuestro compromiso ha terminado —dijo simplemente.

La señora Waddington juntó las manos.

—¿Y por qué razón?

—Ninguna.

Fue cruel, ciertamente; pero, ¿qué podíamos decir? La señora Waddington se hundió en el sofá y miró al pobre hombre con muda y maternal compasión. Su piedad grande y acariciadora lo irritaba; tomó un libro y se sentó de espaldas a ella. Yo tomé otro, pero no pude leer; me senté observando que él nunca pasaba la página. La señora Waddington finalmente transfirió su mirada con inquietud, suplicante, hacia mí; se movía inquieta en su sitio; intentaba dar forma a mis vagas insinuaciones en el jardín en algo palpable para la credulidad común. No podía darle ahora ninguna explicación que no hubiera sido una ofensa gratuita para Scrope. Pero me sentía cada vez más nervioso; mis propias vagas previsiones me oprimían. Finalmente, dejé caer mi libro y salí de la habitación. En el pasillo, la señora Waddington me alcanzó y me pidió que le dijera a qué me refería con mis extraordinarias alusiones a —«en buen cristiano», dijo— «una intriga».

—Sería innecesario, y sería doloroso —respondí— decírselo ahora y aquí. Pero prométame que volverá a Roma mañana. Allí podremos tomar aliento y hablar.

—¡Oh, nos largaremos, se lo prometo! —exclamó. Y nos separamos. Subí las escaleras para ir a mi habitación; al hacerlo, oí el susurro de su vestido en el pasillo, indeciso. Luego vino el sonido de un golpe; se había detenido en la puerta de Adina. Involuntariamente me detuve y escuché. Hubo un silencio, y luego otro golpe; otro silencio y un tercer golpe; de-

spués de esto, desesperada, al parecer, de obtener admisión, se alejó, y yo me fui a mi habitación. Era inútil acostarse; sabía que no dormiría. Estuve mucho tiempo en mi ventana abierta, preguntándome si tenía algo que decirle a Scrope. Al cabo de media hora, bajé de nuevo al jardín y paseé por todos los senderos. Estaban vacíos, y había una luz en la ventana de Adina. No; me parecía que no había nada que pudiera decir a Scrope, salvo que se marchara de Albano al día siguiente, y de Roma e Italia tan pronto como fuera posible, que esperara un año y luego probara fortuna de nuevo con la señorita Waddington. Hacia la mañana, sí que dormí.

El desayuno se sirvió en el salón de la señora Waddington, y Scrope apareció puntualmente, tan bien afeitado y cepillado como si todavía estuviera bajo el tributo de un par de ojos azules. Él, por supuesto, se sentía menos sereno de lo que parecía. Nunca puede ser cómodo encontrarse en el desayuno con la joven que te ha rechazado la noche anterior. La señora Waddington nos hizo esperar un rato, pero finalmente entró con una energía sorprendente. Su agraciado rostro estaba sonrojado de la frente a la barbilla, y en su mano apretaba una nota arrugada. Se arrojó al sofá y rompió a llorar; solo tuve tiempo de echar de la habitación a la sonriente camarera.

— ¡Se ha ido, se ha ido, se ha ido! — gritó, entre sollozos —. ¡Oh, la loca, malvada, ingrata!

Scrope, por supuesto, no sabía más que una tetera a qué se refería; pero yo la entendí más prontamente, y aun así creo que di un largo silbido. Scrope se quedó mirándola mientras ella le tendía la nota arrugada: que quisiera decir que Adina — que Adina nos había dejado en la noche — era un horror demasiado grande para su desprevenido entendimiento. Su mudo asombro era una señal casi conmovedora de la ausencia de un pensamiento que pudiera haber dañado a la chica. Vio por mi cara que yo sabía algo, y me dejó tomar la nota de la mano de la señora Waddington y leerla en voz alta:

¡Adiós a todo! Piensen que estoy loca si quieren. Nunca podría explicarlo. Solo olvídeme y crean que soy feliz, feliz, feliz.

Adina Beati.

Le puse la mano en el hombro; incluso entonces parecía incapaz de comprender.

—Angelo Beati —dije gravemente— ¡al fin ha consumado su venganza!

—¡Angelo Beati! —gritó—. ¡Un mendigo italiano! ¡Es mentira!

Negué con la cabeza y le di una palmada en el hombro.

—Ha insistido en el pago. ¡Es un tipo listo!

Vio que yo lo sabía, y lentamente, distraídamente, ¡respondió con un sonrojo ardiente!

Fue un suceso de lo más extraordinario; tuvimos tiempo de sobra para decirlo, y para decirlo de nuevo, y sin embargo nunca entenderlo realmente. Ninguno de mis compañeros volvió a ver a la joven; Scrope nunca la mencionó salvo una vez. Anduvo durante una semana en absoluto silencio; cuando finalmente habló, vi que el pliegue estaba hecho, que iba a ser un cínico profesional el resto de sus días. La señora Waddington era una mujer de buen corazón, como he dicho, y, mejor aún, era una mujer justa. Pero les aseguro que nunca perdonó a su hijastra. En años posteriores, a medida que envejecía, sentía una creciente satisfacción por haber asistido, como dicen, a este episodio. Como mera acción, me parecía realmente soberbio, y al juzgar la naturaleza humana a menudo lo sopesaba mentalmente contra el espectáculo perpetuo de fuertes impulsos malgastados en la debilidad y pervertidos por la prudencia. Aquí no ha habido prudencia, ciertamente, pero ha habido una pasión ardiente, en plena floración, positiva. Vemos lo uno todos los días, lo otro una vez cada cinco años. Más de una vez me aventuré a ventilar esta herejía ante la amable viuda, pero siempre me cortaba en seco. «Aquello fue odioso», decía; «doy gracias al cielo que el padre de la chica no vivió para verlo».

No terminamos aquel lúgubre día en Albano, sino que regresamos por la tarde a Roma. Antes de nuestra partida, tuve una entrevista con el Padre Girolamo de Lariceia, quien no me pareció el hombre santo que su sobrino había descrito. Era un sacerdote bajito, moreno y aficionado al rapé, con una mirada deshonesto, bastante capaz, creí, de enseñar a su apuesto sobrino a jugar sus cartas. Pero no tenía reproches que malgastar con él; simplemente deseaba saber adónde había llevado Ángelo a la joven. Obtuve la información con dificultad y solo después de una solemne promesa de que si Adina reiteraba, de viva voz, a una persona delegada por sus amigos, la de-

claración de que era feliz, no tomarían ninguna medida para recuperar la posesión de ella. Estaba en Roma, y en esa ciudad santa la dejarían.

—Recuerde —dijo el Padre, muy suavemente—, que ella es mayor de edad y dueña de sí misma, y puede hacer lo que quiera con su dinero; tiene bastante, ¿eh?

Tenía menos de lo que él pensaba, pero evidentemente el Padre conocía su terreno. Fue él, admitió, quien había unido a la joven pareja en matrimonio, el día anterior; la ceremonia había tenido lugar en la pequeña y vieja iglesia circular de la colina, en Albano, a las cinco de la mañana.

—Verá, señor —dijo, frotándose lentamente sus manos amarillas—, ¡le había cogido un gran capricho!

No le di ninguna oportunidad, con ningún comentario mío, de recordarme que Ángelo tenía un rencor que satisfacer, pero profesó la seguridad de que su sobrino era el tipo más dulce del mundo. Escuché y partí en silencio; mi curiosidad, al menos, aún no había terminado con Ángelo.

La señora Waddington también tenía más de este sentimiento del que confesaba; su bondad se preguntaba, bajo la protesta de su indignación, cómo diablos vivía la joven, y si los olores en su escalera eran realmente muy malos. Fue, por lo tanto, a petición tácita suya que me dirigí al alojamiento de la joven pareja, en las cercanías de la Piazza Barberini. Las habitaciones eran modestas, pero daban a los pintorescos y viejos jardines de los frailes capuchinos; y en cuanto a olores, no observé nada peor que el pesado aliento de un gran ramo de claveles en una jarra verde en el alféizar de la ventana. Ángelo estaba allí, deshojando uno de los claveles, y con el aspecto adecuado de héroe de su romance. Me miró con timidez y un poco de frialdad al principio, como si estuviera preparado para mantenerse firme ante una posible reprimenda; pero cuando vio que opté por no hacer alusión alguna al pasado, dejó que su frente oscura delatara su sereno contentamiento. No estaba más dispuesto que una semana antes a llamarlo un mal tipo; pero era un misterio, su carácter era un enigma tan grande como el método de su cortejo. Que estuviera enamorado no pretendo decirlo; pero creo que ya había olvidado cómo le había llegado su felicidad, y que se deleitaba en una especie de deleite sensual, primitivo y natural de ser adorado. Era como el cálido sol, o como mucho buen vino. No creo que su fortuna le sorprendiera en lo más mínimo; en el fondo de todo corazón romano

genuino —incluso si late bajo los harapos de un mendigo— encontrarás una creencia inerradicable de que todos somos bárbaros y estamos hechos para pagarles tributo. Era bienvenido a todas sus grotescas supersticiones, pero ¿qué clase de futuro prometían para Adina? Pedí permiso para hablar con ella; se encogió de hombros, dijo que era libre de elegir, y fue a una habitación contigua con mi propuesta. Su elección aparentemente fue difícil; esperé un tiempo, preguntándome cómo se vería al otro lado del feo abismo que tan audazmente había saltado. Entró finalmente, y de inmediato vi que mi visita la molestaba. Deseaba olvidar por completo su pasado. Estaba pálida y muy grave; parecía llevar una frígida máscara de reserva. Si antes me había parecido una criatura singular, no me ayudó a entenderla verla allí, junto a su extraordinario marido. Mis ojos iban de uno a otro y, supongo, delataban mis reflexiones; de repente me rogó que le informara de mi recado.

—Me han pedido —dije— que pregunte si está contenta. La señora Waddington no está dispuesta a dejar Roma mientras haya una posibilidad de que usted... —dudé buscando una palabra, y ella me interrumpió.

—¿De mi arrepentimiento, es lo que quiere decir? —Fijó los ojos en el suelo por un momento, luego los levantó de repente—. La señora Waddington puede dejar Roma —dijo suavemente.

Me volví en silencio, pero esperé un momento por algún leve mensaje de despedida.

—¡Solo pido que me olviden! —añadió, viéndome de pie.

Se dice que el amor es par excellence la pasión egoísta; si es así, Adina estaba muy avanzada.

—No puedo prometer olvidarla —dije—; ¡usted y mi amigo aquí merecen ser recordados!

Se dio la vuelta; Ángelo pareció aliviado por el cese de nuestro inglés. Me abrió la puerta y se quedó un momento con una sonrisa significativa y consciente.

—Es feliz, ¿eh? —preguntó.

—¡Eso dice ella!

Puso su mano en mi brazo.

— ¡Yo también! ¡Es mejor que el topacio!

— ¡Eres un tipo raro! — exclamé; y, apartándolo de un empujón, me alejé apresuradamente.

La señora Waddington le dio a su hijastra otra oportunidad de arrepentirse, pues se quedó en Roma quince días más. Estaba decepcionada de que no pudiera traerle ninguna información sobre cómo Adina había eludido la observación, cómo había jugado su juego y guardado su secreto. Mi propia creencia era que había habido muy poco cortejo, y que hasta que salió a escondidas de la casa la mañana antes de su fuga, para encontrarse con el Padre Girolamo y su sobrino en la iglesia, apenas había oído el sonido de la voz de su amante. Había habido señales, y miradas, y otros votos tácitos, dos o tres notas, quizás. Exactamente quién era Ángelo, y qué nos había asegurado originalmente el honor de sus atenciones, la señora Waddington nunca lo supo; le bastaba con que fuera un italiano pintoresco y sin amigos. Donde todo era un doloroso rompecabezas, un matiz o dos, más o menos, de oscuridad apenas importaba. Scrope, por supuesto, nunca intentó explicar su propia ceguera, aunque para sus pensamientos silenciosos debió parecerle amargamente extraño. Habló de Adina, como dije, solo una vez.

Sabía por instinto, por adivinación — pues yo no se lo había dicho —, que había ido a verla, y tarde en la noche siguiente a mi visita, me propuso dar un paseo por las calles. Era una noche suave y húmeda, con masas de nubes vagas y dispersas, a través de las cuales la luna se deslizaba lentamente. Un cálido viento del sur había encontrado su camino hacia el oscuro corazón de la ciudad.

— Vamos a San Pedro — dijo —, y veamos jugar las fuentes bajo la caprichosa luz de la luna.

Cuando llegamos al puente de Sant'Angelo, se detuvo y se apoyó un rato en el parapeto, mirando hacia el Tíber. Finalmente, levantándose de repente:

— ¿La has visto? — preguntó.

— Sí.

— ¿Qué dijo?

— Dijo que era feliz.

Guardó silencio, y seguimos caminando. A mitad del puente se detuvo de nuevo y contempló el río. Luego sacó un pequeño estuche de terciopelo de su bolsillo, lo abrió y dejó que algo brillara a la luz de la luna. Era el hermoso, el imperial, el funesto topacio. Me miró y supe lo que significaba su mirada. Hizo que mi corazón latiera, pero no dije que no. Había sido una maldición, la gema dorada, con sus crueles emblemas; ¡que volviera al mohoso inframundo del pasado romano! Le estreché la mano con firmeza, él extendió la otra y, con un gran ademán, arrojó la joya reluciente al oscuro río. ¡Allí yace! Algún día, supongo, dragarán el Tíber en busca de tesoros y, posiblemente, desentierren nuestro topacio y lo reconozcan. Pero, ¿quién adivinará este apasionado interludio humano en su sepultura de siglos?

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**